

Nombre: Valerie K. Cruz Negrón
Categoría: 3

Seudónimo: Esmeralda
1er lugar

Título: **La Lucha de Villa Esperanza**

“El amor a la patria se nutre del respeto a lo nuestro.”

- Betances

En un rincón de San Juan, bajo el sol del eterno de verano que acobija a la isla de Puerto Rico, existía un barrio llamado Villa Esperanza. Un punto geográfico más que, caído ya en la trampa del olvido, se encontraba en sus últimos suspiros. Los vecinos que en el pasado sonreían al reconocer a su comunidad como suya, hoy eran testigos de lo que algún día fue. La realidad era solo una: Villa Esperanza pasó a otra vida gracias a los grandes intereses de millonarios extranjeros. Villa Esperanza murió.

Doña Carmen, una abuela muy querida en el barrio, junto a su café partió para su balcón. Lo que la recibió fue una grave sorpresa. Al salir por su puerta principal se topó con un aviso de desalojo con treinta días de preaviso pegado a la misma. Mientras leía la carta, un tanto perpleja, el café se volvió frío y una gran pena acogió a Doña Carmen. El mundo dejó de girar, a sus 84 años muchas cosas le costaban, pero jamás pensó que luchar por mantenerse en su apartamento estaría en esa lista de batallas diarias. Sus ojos, antes vivaces y chispeantes, ahora parecían cargar con el peso de incontables preocupaciones. “Pero- ¿y a dónde me iré?” dijo casi en un susurro.

Al salir a caminar por su complejo de apartamentos, notó que la puerta del Sr. Heriberto y la de los Díaz tenía, igualmente, un aviso de desalojo. Doña Carmen, sujetando su rosario y ansiosa, tocó la puerta de ambos apartamentos, que se encontraban uno al lado del otro. Heriberto, un caballero de tez trigueña y unos 50 años, asomó su cabeza por la rendija de la puerta y al ver que era Doña Carmen la que tocaba salió enseguida. “Carmen, que gusto verle,

buenos-” al ver la nota no pudo terminar la oración, se le atoraron las palabras. Mientras el Sr. Heriberto buscaba las palabras, de su respectivo apartamento salieron Jaime y Bianca Díaz, una pareja joven casada que esperaban su primer bebé.

Al la pareja saludar extrañados a Carmen y Heriberto notaron rápidamente lo que sucedía. Jaime tomó la carta y comenzó a leer. Al terminar de leer miró a su esposa y dijo, casi en contra de su voluntad: “Nos están sacando Bianca, tenemos treinta días para irnos de nuestro apartamento...”. Al pasillo lo invadió un silencio ensordecedor, Bianca no respondió, Heriberto aún no encontraba con qué palabras llenar el espacio. Doña Carmen rompió el hielo diciendo: “no nos pueden sacar, llevo 35 años viviendo aquí, los Días están a punto de comenzar una familia y usted Sr. Heriberto... usted ha sido mi vecino desde que tengo uso de razón. Exigiré una explicación por parte del Sr. Castillo”.

Gilberto Castillo, esbelto y de tez pálida como la nieve, se encontraba en una pequeña oficina realizando sus labores administrativas como arrendador y dueño del complejo de apartamentos. El Sr. Castillo rápidamente se puso de pie al ver el cuerpo de Doña Carmen, más erguido y veloz que nunca, dirigiéndose hacia su puerta. “Doña Carmen, ¿en qué la puedo ayudar?” preguntó a la vez que ella irrumpía por la puerta. “¿Por qué nos están sacando Castillo? Este es nuestro hogar y nos informas con una carta pegada a la puerta que nos tenemos que ir, esto es inaceptable yo no-” el Sr. Castillo la interrumpe de manera abrupta y dice: “la situación no está en mis manos Carmen, vendí el edificio a un extranjero llamado Adam que ahora administrará todo esto. Ofreció un buen dinero que yo necesitaba para poder sufragar los costos de las operaciones que mi señora madre necesita. Si no firmo el contrato y cedo el espacio no tendré como cuidarla...”.

Doña Carmen le pidió disculpas al Sr. Castillo por la situación de su madre y luego se mantuvo en silencio, aún erguida y llena de sentimientos encontrados. El único pensamiento

que su cabeza podía formar era que serían desplazados, como muchos otros ciudadanos en ese sector sanjuanero. En los pasados meses, Villa Esperanza y los demás sectores que la rodeaban habían comenzado a ser maquillados por una población nueva. Todos miraban con asombro a los nuevos vecinos que hablaban diferente a los antiguos residentes. Edificios que antes se conocían por ser emblemáticos para familias puertorriqueñas, ahora eran adquiridos por personas del extranjero por precios cuestionables.

La táctica era siempre igual: un arrendador extranjero compraba el espacio, se le daba un aviso de desalojo de treinta (30) días y el nuevo dueño rentaba los cuartos para otros extranjeros o subía el precio de la renta a cantidades absurdas para el puertorriqueño promedio. Doña Carmen, testigo consciente de todo esto, estaba cansada. Salió de la oficina de Castillo decidida a luchar por su hogar.

Doña Carmen regresó a su apartamento, donde el Sr. Heriberto y los Díaz la esperaban, ansiosos por saber qué había descubierto en su conversación con el Sr. Castillo. Ella les contó lo que había oído, cómo el edificio había sido vendido a un extranjero llamado Adam y cómo eso estaba detrás de los avisos de desalojo. Heriberto, Jaime, Bianca, y Doña Carmen compartieron la preocupación que pesaba sobre sus hombros. La determinación brilló en los ojos de Jaime. "No podemos dejar que nos echen de nuestros hogares. Esta es nuestra comunidad, nuestros recuerdos, nuestras vidas", declaró con un tono de voz firme. Bianca asintió, sintiendo que su futuro y el de su bebé estaban en juego. Heriberto, más experimentado en la vida, añadió con sabiduría: "Debemos unirnos como comunidad y buscar una solución juntos. No podemos permitir que nos desplacen".

Así comenzó la lucha de Villa Esperanza. Los residentes se unieron, no para enfrentarse a los tribunales, sino para explorar la mediación como una solución. Decidieron buscar una

reunión con el nuevo dueño, Adam, para discutir sus preocupaciones y encontrar un camino que les permitiera quedarse en sus hogares. Doña Carmen, en su papel de líder comunitaria, se convirtió en la mediadora principal. A través de largas conversaciones con Adam, lograron transmitirle la importancia de Villa Esperanza en sus vidas, los vínculos familiares y comunitarios que habían forjado allí y cómo la gentrificación afectaría negativamente a todos.

Adam, aunque inicialmente motivado por intereses financieros, empezó a comprender la profunda conexión que los residentes tenían con el lugar. Tras varias semanas de mediación y negociación, llegaron a un acuerdo. Adam se comprometió a mantener las rentas asequibles para los residentes actuales y a trabajar con ellos en la mejora de las instalaciones, sin desplazar a la comunidad. Villa Esperanza se convirtió en un modelo de éxito para la resolución de conflictos a través de la mediación. Los vecinos, antes desahuciados, encontraron una solución pacífica que les permitió mantener sus hogares y preservar la esencia de su querido barrio.

La comunidad, fortalecida por el apoyo mutuo y su amor por Villa Esperanza, decidió luchar por sus hogares. Con cada denuncia, con cada palabra, resistieron la gentrificación. Las casas se transformaron de testigos silenciosos a símbolos de resistencia. Así, bajo el eterno sol de Puerto Rico, Villa Esperanza continuó siendo un rincón seguro para sus residentes, donde la comunidad se unió para superar la adversidad y encontrar una solución que les permitiera vivir en paz y armonía. Este cuento nos recuerda que, incluso en los momentos más oscuros, la empatía y la voluntad de escuchar pueden iluminar el camino hacia un futuro en el que la comunidad y la esperanza prevalezcan sobre la gentrificación y la desesperanza. El luchar por lo nuestro jamás será labor en vano.